

Relato histórico y psicoanalítico: lugar de lo colectivo en la historia singular y de lo singular en la historia colectiva

*Raquel Dosso**

Resumen

Este trabajo acerca del lugar de lo colectivo en la historia individual y de lo singular en la historia colectiva, consta, en términos amplios de tres partes. En la primera de ellas intento aproximarme al tema del relato en psicoanálisis, estableciendo paralelismos con la historia y la literatura. Comencé sintiéndome bastante constreñida; fue fuerte la tendencia a remitirme a otros autores, incluso con una profusión de citas textuales que más tarde traté de moderar, no por un desacuerdo con las citas en sí mismas, sino porque daban el tono tedioso propio de una distancia defensiva. La segunda parte corresponde al relato vivencial, al cual antes aludí, y que se me impuso como tal coincidiendo con la sustitución de la sensación de constreñimiento por una mayor libertad; por diversas razones que más tarde explicaré, pensaba que esta parte, a la que llamé el terror sordo, no iba a formar parte del trabajo definitivo, sino que obedecía simplemente a la necesidad de poner en palabras algunas vivencias quizá compartibles por muchos de mis pares o coetáneos. Este relato está entrelazado con reflexiones en torno a los sucesos de aquellos años. En tercer lugar abordo brevemente algunas consideraciones, en torno al presente, un esbozó apenas de un tema muy vasto, y que *quizá* responda a la necesidad de confirmar que, a pesar de este pasado que el simple pasaje del tiempo no enterró en el olvido, el presente, con toda su complejidad, se nos presenta como un desafío vivo y se abre un futuro a veces difícilmente pensable, pero no por ello apocalíptico. Una de las cosas que dolorosamente hemos aprendido es que no hay herramientas metodológicas infalibles que permitan hacer proyecciones al futuro; éste se presenta siempre incierto. Tenemos menos certezas, ya no afirmamos que la historia va siempre “hacia adelante”; tenemos por tanto, y esto es sin duda algo bueno que ha quedado después de tanto dolor: menos omnipotencia.

Summary

This work, about the place of the collective in the individual history, and the singular in the collective history, consist, in big terms, of three parts. In the first of it, Y try to get the theme of the narration in Psychoanalysis, enacting parallelisms with history, literature. I started feeling quite constrained: the tendency to remit myself to other authors was strong, even with a profusion of textual quotation which later Y tried to moderate, not because of being against with the quotations themselves, but they gave the real tedious tone of defensive distance.

The second part belongs to the vivid narration, to which before Y alluded, and which imposed itself to me like that, coinciding with the situation of sense constraint, for a sense of more freedom; for diverser reasons that Y will later explain, Y thought that this

* Miembro Asociado APU.

Dirección: Luis A. Surraco 2439. CP 11600.Tel. 487 10 07/481 41 13.

part which Y called the deaf terror, was not taking part of the final work, but it simply obeyed to the necessity of transforming in words, some vividnesses, may be shared with many of my pairs or contemporary people. This narration is interlaced with the reflections around the events of those years.

In the third place, I briefly abord some considerations about the present, an outline of a very vast theme, that can answer the necessity to confirm that, no matter this past (that the simple passing of the time didn't bury in forgetfulness), the present, with its complexity, presents itself like a living challenge, and it opens to a future sometimes difficult to imagine, but not for that reason, apocalyptic.

One of the things that painfully we have learned is that there are not infalible methodological tools, which permit to make projections to the future. This shows itself always untrue. We have less certitude, we no longer affirm that history "always goes ahead", we have less omnipotence.

Descriptores: HISTORIA / DISCURSO / MEMORIA / TIEMPO / DUELO / TERROR / TERRORISMO

A modo de introducción

Desde que tiempo atrás en la APU se comenzó a hablar de unas jornadas de historia y psicoanálisis, el tema despertó vivamente mi interés. Aun así, recién el último día del plazo expresé mi propósito de escribir un trabajo. Desde entonces varias veces estuve tentada de desistir de este proyecto, que por diversos motivos me resultaba emocionalmente costoso. No podía dejar de vincular el tema con el período de dictadura en nuestro país y su influencia en la vida singular. Comencé a leer y a escribir, y de pronto se me impuso un relato vivencial de ese período. Este trabajo consta, en términos amplios, de tres partes. En la primera de ellas intento aproximarme al tema del relato en psicoanálisis, estableciendo paralelismos con la historia y la literatura. Comencé sintiéndome bastante constreñida; fue fuerte la tendencia a remitirme a otros autores, incluso con una profusión de citas textuales que más tarde traté de moderar, no por un desacuerdo con las citas en si mismas, sino porque daban el tono tedioso propio de una distancia defensiva. La segunda parte corresponde al relato vivencial al cual antes aludí y que se me impuso como tal coincidiendo con la sustitución de la sensación de constreñimiento por una de mayor libertad; por diversas razones que más tarde explicitaré pensaba que esta parte, a la que llamé *el terror sordo*, no iba a formar parte del trabajo definitivo sino que obedecía simplemente a la necesidad de poner en palabras algunas vivencias quizá compartibles por muchos de mis pares, o coetáneos. Este relato está entrelazado con reflexiones en torno a los sucesos de aquellos años. En tercer lugar abordo brevemente algunas consideraciones en torno al presente, un esbozo apenas de un tema muy vasto, y que quizá responda a la necesidad de confirmar que, a pesar de este pasado que el simple pasaje del tiempo no enterró en el olvido, el presente, con toda su complejidad, se nos presenta como un desafío vivo y se abre a un futuro a veces difícilmente pensable, pero no por ello apocalíptico. Una de las cosas que dolorosamente hemos aprendido es que no hay herramientas metodológicas infalibles que permitan hacer proyecciones al futuro; este se presenta siempre incierto. Tenemos menos certezas, ya no afirmamos que la historia va siempre "hacia adelante"; tenemos por tanto, y esto es sin duda algo bueno que ha quedado después de tanto dolor: menos omnipotencia.

Primera parte

1. Relatos

Vivimos en un momento de profundos cambios socio-culturales, momento en el cual se habla de crisis en diversos ámbitos, entre ellos, de los que hoy nos convocan a este intercambio: el psicoanálisis y la historia.

Una y otro tienen estrecha relación con la palabra y el relato; son prácticas discursivas. El término discurso se integra al psicoanálisis con Lacan y la escuela francesa. Esto trae consigo un cambio de lógica y una nueva teoría del sujeto en la que queda jerarquizada la dimensión transpersonal.⁽¹⁾

Dice Paul Veyne:⁽²⁾ “La historia, como viaje que es hacia lo otro, ha de servir para hacernos salir de nosotros mismos al menos tan legítimamente como para asegurarnos dentro de nuestros propios límites”. ¿No podría decirse lo mismo del psicoanálisis?

En la situación psicoanalítica viva, en la sesión, el paciente relata, narra. Nos trae la historia singular que ha ido construyendo a lo largo de su vida. De esta historia paciente y analista irán forjando, desde la transferencia, una nueva versión. Tanto el que practica el oficio de analista como el que ante su sufrimiento elige emprender la aventura de un análisis, “viaja hacia lo otro”. Indagar en nosotros es inseparable de indagar en la relación con los otros a través de la cual nos vamos constituyendo como sujetos.

En un trabajo anterior mencioné el nexo entre el psicoanálisis y la palabra femenina en tanto ambas “nombran a lo íntimo”.⁽³⁾ La palabra de las mujeres ha permanecido en forma privilegiada en el ámbito de lo privado. Desde siempre hemos contado cuentos, cantado canciones y narrado a nuestros hijos las historias de familia. Pero la intimidad del diálogo analítico, así como la de la “palabra intramuros” de los cuentos infantiles e historias de familia, entrañan el riesgo de clausura. Me preguntaba entonces: “¿Qué sería del destino de un análisis si quedáramos capturados en la creencia narcisista de una comprensión ilimitada o en la omnipotencia de nuestra capacidad de continentación? Del riesgo de permanencia en el encierro se emerge en tanto nuestra palabra se abre al discurso de un tercero a través de la teoría, la escritura, el intercambio con colegas y nuestra propia inscripción en la genealogía de psicoanalistas.” Hoy agregaría como otro elemento esencial el intercambio con otras disciplinas. Creer que la nuestra puede dar todas las respuestas implica un enclaustramiento. Este tipo de jornadas constituye en este sentido una oportunidad privilegiada, no concibiéndolas como un hecho académico aislado sino como posibilidad de inaugurar y mantener vigentes fluidos intercambios con otros campos del conocimiento.

Freud, formado en la época del racionalismo determinista, con su educación médica e inclinación por las ciencias básicas, alude a la dimensión narrativa del psicoanálisis cuando dice que sus historias se parecen más a novelas que a protocolos científicos, como si esto se le impusiera sin haberlo buscado. Se convierte en el fundador de una disciplina que proporciona un rico acervo de recursos conceptuales y teóricos para la creación de una narrativa de la identidad personal.

El relato y la palabra son también esenciales a la literatura. Muchos escritores nos han hablado sobre esto. Se le pregunta en una entrevista al escritor portugués José Saramago.⁽⁴⁾ “¿Sintió alguna vez, como dice en la novela, (se refiere a Ensayo sobre la ceguera) que hay ocasiones en que de nada valen las palabras? Y él responde: “No, todo lo que digo con las palabras, con los colores o con los sonidos permanece. No creo que nadie, en el uso de las palabras, llegue a una situación en la que se convenza de que lo ha dicho de un modo perfecto. Todo lo que decimos o escribimos podría ser mejor dicho o escrito. Si yo quiero hablar de mí mismo, en primer lugar tengo que conocerme. Hay puertas interiores que están cerradas y de las que ni siquiera tenemos llave. Siempre, en lo que decimos de nosotros –sea voluntaria o involuntariamente– se nos queda algo por decir. Nos expresamos con las palabras que tenemos y muchas veces son insuficientes para expresar la gran cantidad de sensaciones que existen en nuestro

interior. Pienso que la complejidad de nuestras emociones es tal, que aunque conociera todas las palabras del mundo me quedaría corto para expresar esa totalidad de sensaciones. Uno lo que hace es utilizar las palabras que conoce, y a veces hasta sucede el milagro de acercarse un poquito más a lo que quería decir, pero siempre se quedará corto.”

Como dice Veyne de la historia, el psicoanálisis es un viaje hacia lo otro, Nos hace salir de nosotros mismos. El paciente relata sobre sí, pero el cambio se produce cuando “se sale” de sí, cuando experimenta en ese relato que “se hace” y hace al analista, el estremecimiento de verlo como ajeno. Hay una ruptura de la cronología, un quiebre del tiempo lineal.

Freud, en “Psicología de las masas”, afirma que la psicología individual es simultáneamente psicología social.⁽⁵⁾ *No es posible una singularidad absoluta en el individuo; esto sería letal.* Hay épocas en que la historia nos marca diariamente, en tanto somos sujetos inmersos en una realidad. El ámbito privado y el público están interconectados por múltiples canales. El intercambio es continuo y más o menos rico según los casos. Pero en épocas de conmoción ese afuera puede irrumpir en nuestros recintos privados y derribar sus paredes. El orden queda trastocado, a veces de forma irreversible. Esto tuvo lugar en nuestro país hace algunas décadas, en el período de dictadura militar. Retomaremos el tema.

Lo que ha dado en llamarse historia de las mentalidades, o de las sensibilidades o de la vida privada, ha surgido y crecido en los últimos años. Su objeto es quizá más humilde que la “gran historia” de las guerras y los grandes hombres, pero también más íntimo, penetrando más profundamente en el conocimiento del ser humano. No es nuestro propósito detenernos en esto, que será mejor expuesto por los historiadores. Pero tomemos como ejemplo la dictadura de Terra en nuestro país. Puede ser relatada a partir de los grandes acontecimientos, los grandes hombres. O también podemos recrear la vida de los montevidéanos en esa época. Leemos un artículo en un periódico que nos va introduciendo en esa “pequeña vida” del ciudadano común.⁽⁶⁾ La media jornada de trabajo de los sábados, los lugares de encuentro a los que concurrían una vez finalizada esta, las películas que estaban dando en los entonces numerosos cines montevidéanos, las letras de las murgas, la mención a una “huelga de tuberculosos” en el entonces hospital Fermín Ferreira, hoy ocupado por el “decano” de los shoppings montevidéanos. Se menciona el “defenestramiento” de Terra provocado por un artículo en un diario capitalino en el que se le “denuncia” por haber participado como padrino de un casamiento religioso. Terra hace públicamente sus descargos alegando que era el casamiento de su hija y que el joven con el que se había casado profesaba la fe católica. Ante este relato nos sentimos nosotros también participantes, nos vamos sumergiendo en la atmósfera de la época. Uno u otro de nuestros abuelos o nuestros padres caminarían por esas calles, asistirían quizá con entusiasmo a las salas de cine, abrazarían ese anticlericalismo masón. O serían detenidos y llevados a la isla de Flores por oponerse al golpe. Somos parte de esa historia que nos conmueve y nos atañe. Nos sumergimos en ella y de pronto nos induce un momento de insight (¡ah! descubro algo de lo que me conmovió de mi abuela cuando me hablaba de las “cintas” que había visto en el “biógrafo” en sus años juveniles). Corriente entre lo singular y lo colectivo que nos constituye en un constante movimiento de vaivén, en un perpetuo bascular de uno a otro. La historia colectiva, así construida, es otra vía de aproximación posible a nuestra verdad subjetiva. Tenemos acceso a un “antes de que yo naciera” que ejerce sobre nosotros la fuerza de atracción de la escena primaria.

Dice Roland Barthes: “Bajo sus formas casi infinitas el relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad. No hay, nunca hubo, en ninguna parte, un pueblo sin relato; todas las clases, todos los grupos humanos tienen sus relatos y muy a menudo

esos relatos son gestados en común por hombres de culturas diferentes, incluso opuestas”.¹

En otro momento de este trabajo nos interrogaremos sobre los cambios de carácter (muerte, dicen algunos) en el presente, del relato.

2. *Lo historia actual y el psicoanálisis, puntos de cruce de sus narrativas*

Los historiadores contemporáneos sostienen que la historia es el resultado del movimiento mediante el cual el historiador establece vínculos entre el pasado que evoca y su propio presente. La historia no sería el pasado, sino la representación del mismo. Esa representación está condicionada por el presente, el que siempre contiene, a su vez una hipótesis de futuro.⁽⁷⁾

El psicoanálisis también jerarquiza un tiempo no lineal. Freud, a través de su concepto de *nachträglich*, *après coup*, fue el primero en romper, en nuestra disciplina con una concepción netamente genética. Esta concepción de la temporalidad y causalidad psíquicas implica que experiencias, impresiones, huellas mnémicas, pueden ser modificadas más tarde ante nuevas experiencias, o ante el acceso a nuevas etapas del desarrollo. Esta concepción coexiste en Freud con momentos en que jerarquiza una concepción lineal del tiempo, poniendo énfasis en el desarrollo de fases evolutivas. Corresponde a Lacan el haber insistido en la importancia del término *nachträglich* en la teoría freudiana. Nuestra tarea como psicoanalistas implica un diálogo entre pasado y presente para que la mirada hacia el pasado nos permita otra apertura hacia el futuro. La historia no transcurre por progresión, según un desarrollo sin fisuras, sino por represión, repetición, retorno de lo reprimido. Si nos quedamos adheridos a una causalidad psíquica lineal, el psicoanálisis pasa a convertirse en una especie de “desciframiento.” Se pierde la singularidad del proceso, en tanto se intenta restaurar un pasado conocido a través de la teoría, que pasaría entonces a convertirse en un sistema interpretativo tan universal como inoperante, estéril. Se banaliza el descubrimiento del inconciente si no se lo piensa en su singularidad. El análisis posibilita la construcción de una historia nueva entre paciente y analista.⁽⁸⁾ Al decir de Laplanche, el sujeto es autorizante; él es también un historiador de su vida aunque sea en una versión selectiva y censurada, que puede aspirar a estar menos constreñida después de un proceso analítico.⁽⁹⁾

La “historia relato” proponía como modelo las ciencias objetivas, suponiendo una concepción del objeto histórico como dato previo. Partía del supuesto de que el historiador no construye la historia sino que “la encuentra”. En esto vemos que coincide con la concepción del psicoanálisis que se rige por una causalidad lineal. La relación entre narrativa e historia en la actualidad está sujeta a profundas controversias. White sostiene que la historiografía tradicional consideraba que el aspecto literario de la narración histórica incidía solamente en ciertos recortes estilísticos que hacían que el relato resultara interesante al lector. Se pensaba que mientras los escritores de ficción inventaban todo en sus relatos los historiadores sólo inventaban ciertos adornos retóricos para captar la atención. Reivindica actualmente el lugar de la narrativa al sostener que es el único lenguaje verdaderamente transmisible. Se ha dicho que la meta del trabajo analítico es la historización simbolizante (Hornstein) recuperar algo de esa “tierra extranjera interior” como llamó Freud a lo reprimido en 1932.⁽¹⁰⁾ A través de interpretaciones y construcciones pretendemos recuperar los acontecimientos, no aislados, sino en un entramado. Ciertas dimensiones del presente, por su insistencia, serán interpretadas como repeticiones. La alternativa recuerdo o repetición es central en el proceso. La transferencia misma es una repetición, pero puesta al servicio de la cura en tanto posibilite el recuerdo. Lo pasado es revivido a través de la interpretación y la construcción. Esto permite la reelaboración, adscripta a la pulsión de vida, que conjuga

¹ Citado por Marcelo Viñar.

ligazón erótica con trabajo del pensamiento. Es a todo este proceso al que damos el nombre de historización simbolizante (Hornstein). En tanto el pasado es sustituido por el relato, el presente se enriquece en potencialidades, hay una mayor apertura hacia el futuro. Lo específico de esta es que se produce en una relación (transferencia) y avanza por la conjunción del recuerdo compartido y comunicado, que se va tejiendo en una trama que permite las resignificaciones. Esta especificidad incluye la dimensión afectiva. El acervo libidinal del analista, que remite a su propia historia personal y analítica también está en juego. Dice Pontalis:² “Ningún análisis “marcha” (es decir, opera en lo vivo del sujeto) sin esas heridas que reavivan nuestras llagas, esas infiltraciones imprevistas que atraviesan y animan nuestra psiquis, no son vividas por el analista. Pero es de buen augurio; prueba sensible de que ese paciente ha llegado a ser mi paciente y, simétricamente de que para él su analista ha tomado cuerpo. Estas manifestaciones son utilizables, casi diría negociables, en la medida en que pueden, sin mucho mal, al precio de una elaboración interna, ser vueltas a poner en juego.”

Segunda parte

3. *Relato sobre la mutua influencia entre lo singular y lo colectivo: el “terror sordo”*

Dijimos al comienzo del trabajo que en épocas de conmoción lo público invade a lo privado; no es que tenga su influencia; esto sucede siempre. Es una influencia invasiva y destructora. Con la dictadura militar conocimos de cerca el quiebre que el autoritarismo podía producir en la vida privada. Varios autores psicoanalíticos hicieron el aporte de teorizar en relación a este período, algunos desde el exilio, otros desde aquí. El exilio, la tortura, el terror fueron los temas más abordados. Si bien es cierto que el terror incluye cada acto de la vida corriente durante aquel período, la vida cotidiana sin cárcel, ni prisión ni tortura ha sido lo menos abordado, quizá por ser la que conllevó una menor dosis de dramatismo. Es lo que llamaría el terror sordo, menos evidente, pero no por ello desprovisto de su carga traumática permanente y corrosiva. Durante aquella larga época los uruguayos que nos oponíamos a la dictadura nos sentíamos constituyentes de tres posibles grupos diferentes: los exiliados, los presos, o los que “esperábamos”. Dentro de este tercer grupo había quienes tenían mayor o menor riesgo de pasar a uno de los “otros”. Esto daba a este grupo alguna de sus particularidades. Hasta antes del golpe, a pesar de que ciertamente había algo de lo que un triste personaje de la dictadura dio en llamar “hiperestesia política”, en las familias u otros grupos humanos donde se encontraran representantes de la izquierda y la derecha, existía confrontación, violencia, odio, pero no el silencio de muerte que después sobrevino. Perdimos en esa circunstancia la posibilidad de hablar con libertad con quien quisiéramos. Pero quienes teníamos la dicha de haber conservado amigos pertenecientes a ese grupo (el de los que esperaban, el del terror sordo) nos dimos cuenta un día, al tiempo de sufrir la invasión cotidiana de la *fuerza* y la incertidumbre, de que ya no hablábamos casi de política; tampoco recordábamos algunos nombres, hasta entonces conocidos, de algunas de las personas a quienes vinculábamos exclusivamente a la militancia. Como dice Daniel Gil⁽¹¹⁾ “la situación misma del terror inhibía el pensamiento”. Los temas de que hablábamos pasaron a ser casi exclusivamente personales, vinculados sobre todo a las dificultades de lo que constituía esa parte del presente menos “riesgosa”. Se produjo un cambio muy marcado en lo que constituía nuestros intereses, comenzó el reinado de lo doméstico y profesional, que antes había estado quizá excesivamente ausente, silenciado por otro tipo de “fuerzas”, en torno a las cuales creo que valdría la pena pensar en algún momento. En los años previos, el peso de una realidad amenazante había sido muy grande. Al que fue mi grupo de pares de esa

² Citado por Luis Hornstein.

época lo he llamado a veces, en mis pensamientos o en conversaciones personales, “la generación de los que teníamos veinte años en el 68”. Recién comenzaba nuestra vida universitaria y política; todavía constituía un desafío con un dejo de aventura el salir a la calle en manifestaciones: los gases, los perros, las cachiporras con las que se disolvían; las ocupaciones de los recintos universitarios de los que nos sentíamos dueños de pleno derecho. Y de pronto, las balas, la muerte; no lo podíamos todo. Aquella enorme columna doliente y silenciosa que siguió al féretro de Líber Arce hasta el cementerio del Buceo marcaba algo así como el “fin de la inocencia”. Podíamos morir, otros murieron en las mismas calles. Más tarde vimos caer a otros jóvenes. La corrida por 18 de Julio cuando se dispersaban las manifestaciones perdió todo el dejo de aventura juvenil, su dimensión lúdica. Tal vez por eso, por los que habíamos visto morir, o por la posibilidad de nuestra propia muerte, por una especial adustez que confirió a nuestro super-yo esa realidad, además de lo que pudiera haber, por cierto, de historia personal, nuestra vida y nuestros temas adquirieron tan tempranamente esa seriedad, ese alejamiento decidido y enérgico de todo lo “banal” o superfluo, o frívolo. Era impensable para una joven casarse con traje de novia, o escuchar determinado tipo de música, o dejar de escuchar otra. Había ropas que no nos permitíamos usar, o fiestas a las que no podíamos concurrir. Por eso quizá nos parecía tan extraño, tiempo después de la dictadura, incursionar en esos nuevos códigos, o quizá volver a ellos en algunos casos. Aquello de que lo mejor que podíamos dar a nuestros hijos era un mundo mejor dejó de tener vigencia. Habíamos pasado a ser la generación que tenía veinticinco años cuando el golpe, y algunos teníamos hijos pequeños. Vimos cómo amigos muy queridos tenían que separarse de los suyos, o llevárselos lejos. Y entonces quisimos ante todo poder verlos crecer, aunque no tuvieran ese mundo mejor. Es más, ya casi ni pensábamos si ese mundo era alcanzable. Nuestro pasado había cambiado, nuestro presente y nuestro futuro también. El único futuro no estrictamente singular en que pensábamos era el reencuentro, alguna vez, en algún momento más o menos lejanos de nuestras vidas, con aquellos que estaban lejos, o presos. Era esa la “utopía” que nos quedaba. Es extraño pensar en el carácter que toman a veces los recuerdos. De los días próximos al golpe, tengo recuerdos en que lo sensorial aparece muy marcado, como en algunas escenas oníricas o recuerdos de la infancia. El frío intenso, la llama de la Ancap apagada que podía ver desde mi casa, el color gris plomizo, el silencio. Después, claro, la vida continuó. Curiosamente, mientras recuerdo estas cosas me doy cuenta de que en esos años también dejé de escribir. Ni una carta, ni una esquila casi. Como si al perder traumáticamente los nexos con una parte del pasado, no pudiera ya registrarlos, nombrarlos, narrarlos. Hubo muchas despedidas. Sé que esos hechos parecen anodinos en relación a tanto sufrimiento de otras personas, a la tortura, la cárcel. Pero fueron parte de nuestra realidad, junto al miedo permanente de que nos vinieran a buscar, la duda en torno a si no tendríamos, nosotros también que optar por el camino del exilio para ponernos a salvo. O la imposibilidad de trabajar en algunos sectores donde se exigía el llamado “certificado de fe democrática”. O el encontrarnos con que no podíamos tramitar el pasaporte sin que se nos interrogara sobre los motivos de un futuro viaje, a dónde sería, y por qué motivos. O que en algunas de estas situaciones se nos informara de cuánto sabían de nuestras opciones políticas, o de otros aspectos de nuestra vida que en su momento habíamos pensado eran opciones libres y personales. Hitos que constituyeron otra cara del terror. Llegó el 80, noviembre del 80: algunos políticos “no proscriptos” se opusieron a la reforma constitucional que instituía el régimen de facto. Esa época no se recuerda en gris, sino en colores. Comenzaba el “milagro” de entablar conversación sobre política con un taximetrista sin tener el oscuro temor de ser llevada a una de las dependencias de las fuerzas conjuntas. Se reiniciaba el diálogo en los lugares de trabajo; el clima se hizo algo menos opresivo.

Dice R. Aron: “El hombre aliena su humanidad tanto si renuncia a buscar como si imagina haber dicho la última palabra”.³

¿Renunciamos a buscar los uruguayos de esa generación? Después del triunfo del “No” en el plebiscito, sobrevino una época de renacer de las esperanzas. Hubo un hito en noviembre de 1983, cuando se produjo el encuentro de todos los sectores opuestos a la dictadura en el Obelisco de Montevideo. Nuestro entrañable Candeau leyó entonces una proclama que recogía una postura común. Llevamos a nuestros hijos a que participaran en algo totalmente nuevo para ellos. Recuerdo haberles dicho a los míos: “no se olvidarán nunca de esto”. Quizá era a mí misma que me lo decía, porque hoy evoco raramente ese período. Luego vinieron las elecciones, y el 1° de marzo de 1985, una verdadera fiesta popular, con música, alegría y algunos de los primeros reencuentros con gente que no habíamos visto por muchos años. El tan anhelado momento había llegado, pero poco después nos dimos cuenta de cuánto tenía de inalcanzable tal como lo habíamos imaginado. Quizá sentíamos culpa, por habernos replegado, por no apostar ya a un proyecto colectivo, por haber podido seguir paseando por los mismos parques, caminando por las mismas calles. También se pusieron en juego ansiedades persecutorias, el temor a ser considerados como formando parte ahora de un grupo de “no pensantes”, de ser juzgados, considerados cobardes o traidores.

Los trabajos creados en torno al exilio y el terror los leía a veces, y cuando lo hacía, la fuerza que me movía era más superyoica, el “deber ser”. El hacer un trabajo en torno al relato, la historia, el psicoanálisis, despertó en mí desde el comienzo un interés que no era solamente intelectual. De pronto me encontré escribiendo un relato muy personal en torno a ese período. Y buscando lo que otros colegas han escrito sobre el exilio y el terror con un interés perteneciente más al acervo de lo libidinal, no ya superyoico, restableciendo vínculos con el pasado. En cuanto al relato personal, pensé seriamente en recortarlo. El pudor, o la inhibición, o el miedo a invadir con algo que no es de interés para los otros, el temor al ridículo, a la censura, constituyeron una fuerza importante para hacerlo, pero también esa autocensura que viniendo desde la época del terror contribuyó a inhibir nuestras posibilidades de expresarnos. Entonces, puesto que ese relato surgió casi que ante mi propia sorpresa, como si una fuerza incontenible pusiera mi mano a escribirlo, decidí dejarlo... y correr todos esos riesgos. Sabemos que es solamente una visión parcial. La memoria colectiva, dice Nora “conserva un momento, el recuerdo de una experiencia intransferible, borra y recompone a su capricho, en función de las necesidades del momento, de las leyes de lo imaginario y del retorno de lo reprimido. Un contemporáneo de Auschwitz siempre tendrá dificultad en contemplar el conflicto árabe-israelí con la mirada de un joven sabrá o de un refugiado de los campamentos palestinos”.

Unos meses atrás leí el libro de Alfonso Lessa “Estado de guerra”, que relata a través de un serio trabajo periodístico de investigación, acontecimientos del período más oscuro de la dictadura. Algunos fueron totalmente nuevos para mí; me sorprendieron. Y junto a eso volvían a mi memoria algunos episodios de esa época pertenecientes a mi vida singular, o a esa zona a veces difícil de catalogar, que se encuentra en la confluencia de lo singular y lo colectivo.

En estos días y también sin duda movida por el interés en este tema volví a ver el film de Visconti “La caída de los dioses” En él se relata la historia de una aristocrática y adinerada familia alemana, vinculada a la fabricación de armas, durante el ascenso del nazismo. Comienza con una fiesta familiar agasajando, como hacían siempre, al jefe de la dinastía en su cumpleaños. Un diálogo transcurrido entre una niña y un adoléceme da cuenta de la vivencia del paso del tiempo hasta ese momento. La niña muestra su entusiasmo, y el joven le dice: “es igual que todos los años”. “No, este año yo

³ Citado por Luis Hornstein.

participo,” dice ella. En ese mundo ordenado y rico, el tiempo parece transcurrir sin mayores sobresaltos. Son “anos”, poderosos, y en política, algunos de ellos apoyan al nazismo. Pero el “afuera” tiránico irrumpirá en la vida de todos. El padre de la niña deberá huir; ella, su hermana y su madre son enviadas a un campo de concentración, donde la madre muere. El padre del adolescente es asesinado. Nada queda en pie. “Ya no podrás volver a la Alemania que tú conociste porque no existirá más”, dice un personaje a otro.

El Uruguay tampoco volvió a ser el mismo, como ningún país alcanzado por la violencia, con su omnipotencia siniestra. Investir la realidad exige cierta posibilidad de pensar un futuro. Al cercenar esta posibilidad la tiranía trastoca la relación de cada individuo con su entorno, trastocando también toda posibilidad de bienestar de la sociedad en su conjunto. El sentimiento de pertenencia a una colectividad ha caído en el olvido y se nos hace difícil recuperarlo. Aun en los grupos nucleados por un interés en común, vemos con más frecuencia que la deseable predomina la lógica de la descalificación de la contraparte sobre el genuino intercambio de ideas. Y esto se da en vanos ámbitos; en el académico, en el político, y también a veces en la certeza que por momentos transmiten miembros de cada uno de los tres grupos a que nos referimos al comienzo, de ser quienes están en el único camino posible de elaboración del pasado. Otra vez las certezas. Muchos esperamos que la ley de impunidad fuera derogada en un plebiscito. No fue así; nos decepcionamos, nos enojamos. Pero al hacerlo podemos olvidar que nuestra historia de más de una década se ha fraguado con el miedo como una de sus presencias más constantes. Y no deberíamos demonizar a quien no piensa como nosotros.

La violencia social llevada al terreno de la sesión entraña algo inquietante también para el analista, no sólo por estar involucrado en la misma realidad, sino porque lo coloca ante una situación de incertidumbre para la cual el saber analítico no da respuestas.

Lo singular y lo colectivo no sólo no se oponen, sino que interactúan en un proceso dialéctico en constante movimiento.

4. Duelo por lo que “podría haber sido”

Uno de los temas que se pone en juego cuando se piensa en las secuelas del horror es el del duelo. Duelo singular, duelo colectivo. Se corre el riesgo de simplificación si se pretende aplicar a un hecho social una explicación acabada a través de una pieza de la teoría psicoanalítica. Si este hecho social es además histórica y afectivamente próximo, el intento de comprensión puede ir en el sentido de negar el impacto de la realidad y la experiencia, convirtiéndola así en una cadena de lugares comunes. Teniendo presente este riesgo, trataremos de tender algunos hilos que apunten a una aproximación psicoanalítica. Sabemos que Laplanche, en su intento de lograr lo que él llama “hacer trabajar a Freud”, retoma algunos elementos de su teoría dándoles un giro diferente, o una nueva jerarquización que impone un sesgo renovador a temas que por tan reiterados y citados parecían haber adquirido una cierta estereotipia. Uno de ellos es el duelo. Recurre entonces a algunos textos como el capítulo II de *Tótem y Tabú*, raramente leído en nuestros días, llamado “El tabú y la ambivalencia de las mociones de sentimiento.” Lo fundamental de este estudio refiere al tabú de los muertos. Su primer punto de interés es el concepto de reserva: reserva temporal, porque hay un tiempo del tabú, en que son impuros e intocables los que han tocado al muerto, y este tiempo es variable de acuerdo a la dignidad y el rango de éste, durante un tiempo determinado; reserva espacial, que determina espacios en el territorio del clan a los que por haber tenido relación con el muerto no se puede acceder y un fenómeno equivalente en el terreno del lenguaje, el tabú del nombre. El tabú, para Laplanche, remite a la siguiente pregunta: ¿qué es metabolizable en la pérdida y qué no lo es? Relaciona el tema con los rituales

del duelo, el luto que hasta unos años atrás se llevaba por un tiempo más o menos prolongado según la proximidad de la persona por la que se guardara. Introduce el lugar por él otorgado al *mensaje* del otro, al *enigma*, que Freud no aborda ni aun en “Duelo y melancolía”. Omite (Freud, según Laplanche) el pasaje del tabú a la función del enigma en el tabú, y más aun, a la función del enigma en el duelo. No existe duelo sin la pregunta: ¿qué diría él?, sin el lamento de no haber podido dialogar lo suficiente.

Jean Allouch⁽¹²⁾ nos recuerda que Freud y gran parte de sus continuadores han elegido como referente del duelo la muerte del padre. El padre es “alguien que ha dejado huellas”. A partir de allí quien está “en trabajo de duelo” retomará estas huellas. Pero ¿qué ocurre para quién pierde un hijo? Esto constituye una pérdida mucho más radical, en tanto no se pierde solo alguien querido o un pasado común, sino también todo lo que potencialmente hubiera podido darle el hijo si hubiera vivido. No hay identificación posible con los rasgos del objeto perdido, ya que se trata de un duelo “por lo que no ocurrió” o por “no se sabe qué”, en tanto no se sabe cual hubiera sido el devenir de ese ser, o del vínculo con ese ser.

Esto nos orienta en torno a un hecho clínico frecuente: el carácter extremadamente traumático del aborto, tan banalizado socialmente. Cuanto menos haya vivido el que acaba de morir, más terrible será para el doliente su duelo y más necesaria la convocatoria a lo simbólico. El muerto incita a quien está de duelo a sacrificarle graciosamente un trozo de sí; así el duelo lo vuelve deseante. Ese “trozo de sí” puede ser el relato de este duelo, su narración, que da cuenta de que algo en él se ha transformado.

Me pregunto si el terror no instala en cada vida y en la memoria colectiva algo del orden de la pérdida de las potencialidades, de “lo que no ocurrió” “lo que hubiera podido ser”, y de allí su carácter de inelaborable, o su reclamo de una narración, una historización como única salida posible. En una situación en que se instala bruscamente la violencia, no hay espacio posible para tramitar esa parte del duelo que podría ser elaborable. No hay rituales; no hay despedidas, el tiempo y el espacio del penar nos es arrancado por circunstancias que se imponen arbitrariamente, sumándose a lo que de arbitrario puede tener toda pérdida para quien la sufre. Lo cotidiano queda trastocado, por supuesto que con un carácter más trágico para presos y exiliados, pero también para quienes hacen un pasaje súbito de la participación social al repliegue:” ¿Qué pensarían ellos, los que ya no están? ¿Cuál sería su *mensaje*?” Formuladas o no, estas preguntas estaban siempre presentes.

5. *Historia y memoria*

Hemos mencionado el término memoria colectiva. Lo hemos hecho sin delimitar el concepto. Según Fierre Nora: la memoria colectiva es “el recuerdo o conjunto de recuerdos, concientes o no, de una experiencia vivida y/o mitificada por una colectividad viva, de cuya identidad forma parte integrante el sentimiento del pasado. Recuerdos de acontecimientos directamente vividos o transmitidos por la tradición escrita, práctica u oral’. Tiene que ver con el pasado de los grupos (amplios, como naciones o áreas culturales, o mas restringidos, como familias, generaciones, o movimientos minoritarios políticos, obreros, femeninos) y evoluciona con ellos, constituyendo un bien al mismo tiempo inalienable y manipulable. Las características del mundo contemporáneo favorecen la proliferación de memorias. Se compensa el desarraigo histórico y la angustia ante el futuro por la valorización de un pasado que hasta entonces no había sido vivido como tal. Por su vinculación estrecha con las cuestiones referidas a la identidad individual y colectiva se encuentra muy ligada al psicoanálisis.⁽¹³⁾

La diseminación y superposición de memorias inhiben implantaciones políticas de signo autoritario, en tanto estas intentan disolver las memorias en “una” Historia. (Arendt)

La memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva.

A nivel del psiquismo individual, podríamos recordar a Fierre Janet, tan “olvidado” por la ortodoxia psicoanalítica. Es que los psicoanalistas no podemos obviar el hecho de que así como la experiencia del psicoanálisis por la que todos hemos transitado, como su praxis, pueden inaugurar la posibilidad de establecer nuevos nexos y significaciones, pero no nos hará dejar de ser sujetos divididos con un inconciente reprimido, tampoco estamos libres de ser nosotros mismos influidos por ciertas formas de manipulación de la memoria grupal. Esto puede hacer que también en la historia del movimiento psicoanalítico haya habido (y seguirá habiendo, sin duda) luchas por el poder que determinen olvidos y memorias. Decíamos entonces que Janet sostiene que el acto mnemotécnico fundamental es el “comportamiento narrativo”, que él caracteriza sobre todo basándose en su función social, en tanto es una comunicación hecha por otros a falta del acontecimiento que constituye el motivo de esta.

En las sociedades sin escritura existen especialistas de la memoria, hombres-memoria, cuya tarea fundamental es mantener la cohesión del grupo. Podríamos entonces decir que no hay sociedad posible sin memoria, y que aunque limitados por lo que dijimos antes, los oficios vinculados a la narración son quizás los herederos de estos hombres-memoria. En estas sociedades no existe la memoria “palabra por palabra”, la memoria colectiva parece en cambio funcionar como “reconstrucción generativa”. Es una memoria más creadora que repetitiva.⁽¹⁴⁾

En un libro de reciente aparición,⁽¹⁵⁾ Isabela Cosse y Vania Markarian nos dicen que a lo largo de meses de investigación recibieron tantas interpretaciones del período que tratan (1975 como eje) como personas supieron del tema; es decir que en este caso estas múltiples versiones, la “superposición de memorias” de acuerdo a la idea de Hanna Arendt, vendría a suplir lo que en su momento fue el intento de imponer una única lectura posible. Dicen las autoras: “Sucede que los años de gobierno autoritario siguen gravitando en la memoria personal y colectiva. Aunque seguramente no significan lo mismo para quienes están en condiciones de recordar con precisión que para quienes asocian estos recuerdos a la historia de sus mayores”. Citan a Hobsbawm: “Hay una zona de penumbra entre la historia y la memoria; entre el pasado como un registro general abierto a un examen más o menos imparcial, y el pasado como parte recordada o experiencia de nuestras vidas. Para los seres humanos individuales esa zona se extiende desde el punto donde comienzan las tradiciones o memorias familiares... hasta el fin de la infancia, cuando se reconoce que los destinos público y privado son inseparables y se determinan mutuamente. Siempre existe esa tierra de nadie en el tiempo. Es la parte de la historia cuya comprensión es más ardua para los historiadores, o para quien quiera que sea”.

En nuestro país, la única narración posible durante la dictadura era la vehiculizada por los comunicados de las fuerzas conjuntas. Toda otra forma de memoria era silenciada. Y en una sorprendente muestra de re-negación llevada al máximo, se apropiaron de la frase de George de Santayana: “Quien no evoca su pasado está condenado a repetirlo”.

Creo que viene el caso recordar lo que dice Le Goff al final de su capítulo: “Memoria”. “Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación y no a la servidumbre de los hombres”.

El análisis de temas sociales ocupó a Freud sobre todo en los últimos años de su vida. Escribió entonces “El porvenir de una ilusión”, (1927) “El malestar en la cultura” (1930), “En torno a una cosmovisión” (1932), y lo que él llamó en un momento “novela histórica”: “Moisés y la religión monoteísta” (1939), que fue terminada en su exilio en Londres. El ascenso del fascismo influyó sin duda en estos escritos, que dirigen más su atención a lo colectivo. En 1933 Hitler asciende al poder. Pocos meses después arde en Berlín una hoguera con los libros escritos por autores judíos. En 1936, los periódicos vieneses tenían prohibido mencionar el homenaje que se rendiría a Freud en su 80 aniversario. En 1938, los alemanes ocupan Austria. Finalmente Freud se marchó de Viena. Como todo sujeto, él se encontró siempre en una malla histórico-social con la que interactuó. Pero en ese momento de su vida la realidad irrumpe en forma de terror. Lejos de silenciarlo, lo re-lanza a la búsqueda.

Psicoanalistas de nuestro medio han intentado también este camino de investigación de nexos entre lo singular y lo colectivo en un intento de integrar nuestro período del terror a la memoria colectiva.

En su libro “El terror y la tortura” Daniel Gil nos dice que en la estructura misma del ser humano hay dos movimientos dialécticos y opuestos, sumisión y rebelión, que marcan una dinámica conflictiva permanente y que, desde la relación con los padres se extendería a todos los vínculos sociales, apuntalándose en lo individual en el deseo incestuoso y parricida, con sus respectivas prohibiciones. Sostiene que la impronta cultural marca en forma definitoria las modalidades. La cultura judeo-cristiana, en tanto fomentadora de la culpa favorecerá la sumisión y la erección de figuras del poder despótico.

En “Fracturas de la memoria”⁽¹⁶⁾ Marcelo y Maren Viñar piensan que al suprimirse activamente, mediante el silenciamiento, el hecho de haber convivido con el horror de la tortura institucionalizada y la desaparición, estas vivencias resurgen en forma desplazada y disfrazada, siendo estupidezantes y empobrecedoras como toda formación neurótica. *“Es hondamente freudiano afirmar que la realidad humana que se semiotiza correctamente, se transforma. La investigación es la terapéutica, no son dos instancias diferentes. Trabajar el tema de la cultura es construir la memoria del futuro”.*

Tercera parte

6. Algunas reflexiones sobre lo singular y lo colectivo en el presente. ¿Muerte del relato?

La fugacidad es una característica de nuestros tiempos. Los medios, en especial los audiovisuales, han tomado un rol protagónico. Las noticias parecen devorarse unas a otras. Lo singular toma estado público a través de los “reality shows”. Las fronteras entre lo público y lo privado se hacen más permeables. Los afectos se banalizan; el frenético sucederse de las noticias de una forma indiscernible hace que no podamos llegar a involucrarnos demasiado. Por otro lado nunca se ha hablado tanto de los afectos en los medios. No solamente en las telenovelas, sino a través de los shows televisivos cuyos conductores (Susana Giménez es un buen ejemplo) “quieren” a su público sin cesar de declararlo, contribuyendo así a esa banalización de los afectos. El discurso televisivo tiene como reglas básicas el alto impacto y la baja complejidad. El discurso político a su vez, para ser exitoso, debe aceptar estos parámetros. Aquellas piezas de elaborada oratoria parlamentaria que influían en cada ciudadano tienden a desaparecer porque han “perdido mercado”. Me parece sugestiva en este sentido la anécdota en torno a uno de los primeros debates políticos televisivos de la historia. En 1959, se cerró la campaña electoral en Estados Unidos con un debate entre Nixon y Kennedy. Nixon, en el fervor de la campaña política al estilo clásico, dio poca importancia a este evento. Se presentó al debate cansado y demacrado. Kennedy, en cambio, se “retiró” unos días a

descansar a un hotel, y apareció ese día con aspecto distendido, tostado, extremadamente cuidadoso en su indumentaria. Se cuenta que el “viejo” Kennedy escuchó el debate por la radio y una vez finalizado este comentó: “El muchacho perdió”. Poco después las encuestas mostraban a Kennedy como claro ganador. Se había producido un cambio irreversible en el estilo del discurso político. Comenzaba el reinado de la imagen.

Otra característica del lenguaje televisivo es que la “retrolectura” de los discursos visuales y sonoros no es posible. En el reinado de la brevedad y el presente, toda puesta en memoria es difícil. El silencio y el vacío también desaparecen. La temporalidad ha tomado otra dimensión, y esa temporalidad que permite una relación intensa, individualizada, prolongada con personas y cosas es difícil de obtener. Sabemos que el tiempo del psicoanálisis es precisamente este. Quizá esto esté incidiendo en que los que sufren busquen ahora soluciones “rápidas e indoloras”. Esto excede a nuestro tema pero pensamos que al menos debe ser señalado.

El establecimiento de nexos con el pasado es cada vez más difícil. La permanencia de horas frente al televisor hace que la conversación decaiga, y con ella las narraciones mínimas de la cotidianidad. En algunos ámbitos se ha revalorado la oralidad, por ejemplo, en ciertos sectores de la investigación histórica. Pero la palabra ha perdido terreno a favor de la imagen. Sin embargo la lectura y la escritura permanecen como básicas. La computación, por ejemplo, supone la lectura, aunque ella pase a hacerse en la pantalla. En este sentido, la palabra escrita no ha perdido su hegemonía. Es el instrumento básico de la continuidad cultural.⁽¹⁷⁾

Carl Bernstein, periodista que junto a Bob Woodward puso al descubierto el escándalo Watergate en el Washington Post, en una reciente entrevista, nos da una opinión que merece ser escuchada respecto a la prensa en la actualidad: “El mercado cada vez más determina nuestra agenda y no la verdad ni lo que creemos que es importante.” “Lo raro, lo estúpido, lo extravagante, pasan a ser la norma cultural, no lo excepcional”; “... el mercado está empujando nuestra manera de trabajar como nunca antes había ocurrido”.⁽¹⁸⁾ Bernstein, periodista destacado, con décadas de experiencia, se cuestiona y está alerta ante lo que la realidad socio-cultural está determinando en su profesión. Pienso que el no dejar de tener en cuenta estas circunstancias en cada profesión o cada vida, es la única manera de no quedar ciegamente envuelto en ellas.

Sin duda el Uruguay ha sido alcanzado por la homogenización cultural y por el individualismo extremo. Esto constituye parte del malestar de las instituciones que nos agrupan. El aislamiento puede ser entonces una “salida tentadora”, aunque finalmente no logra sino acentuar el malestar. Paradojalmente, el psicoanálisis, la historia, la literatura, el arte, aunque atravesados por todos los riesgos de la época, pueden incidir en que rescatemos algo de esa subjetividad “subvaluada”. Esto nos vuelve a remitir a la importancia de encuentros como este. Interrogarse por la subjetividad es inseparable del interrogarse por lo social. Tomemos un tema como el de la violencia ciudadana, que se ha hecho presente en nuestra vida cotidiana. La violencia aumenta o no, sobre eso no están de acuerdo los sociólogos, o al menos yo he tomado contacto a través de la prensa con opiniones encontradas. Pero han cambiado sus características, la difusión que de ella se hace y su presencia en el comentario temeroso o la anécdota de tal o cual situación. Pero todos tenemos más miedo que antes. Y en la tan actual desaparición de los nexos que se establecen entre las circunstancias, dejamos de tener en cuenta que el país se encuentra cada vez más dividido en dos, fracturado entre una clase media y alta con mayor acceso a los bienes de consumo, y un creciente sector cada vez más empobrecido y excluido. Y en tanto casi el 100% de los hogares uruguayos tienen un televisor, todos acceden “por igual” al mundo mágico que muestra la pantalla donde todo parece tan al alcance de la mano, hasta el “cariño” que las “estrellas” muestran por ese público al cual llaman por su nombre de pila. Por cierto que el tener en cuenta esto

no hace que el problema deje de existir, pero nos permite sentirnos menos ajenos, menos “víctimas”. Todo aquello que provoca miedo, o que favorece la depositación del miedo que responde a otras causas, incide también en nuestro modo de visualizar la sesión psicoanalítica.

“La proyección única hacia el futuro es un hedonismo de la temporalidad; quienes quieren hacer la crítica del presente necesitan pensar en el pasado, que sólo es una herencia intolerable cuando se la recibe sin someterla a una crítica radical. La relación con la historia es *humanística*. Salvo para los historiadores, ni la ciencia ni la técnica parecen tener historia: los científicos no se interesan en la historia de la ciencia (quizá porque tampoco leen a los epistemólogos). En un escenario donde se celebran las proféticas consecuencias de la menor de las alteraciones en la tecnología informática o genética, la idea de una cultura de las humanidades parece francamente un arcaísmo. Sin embargo, así como Gramsci planteaba a los obreros italianos que debían negarse a que se fundaran para ellos escuelas puramente profesionales, la idea de una cultura humanística puede ser defendida como necesidad y no como lujo cívico de la civilización científica técnica”.⁽¹⁹⁾

Creo que en esta tarea estamos involucrados todos los que trabajamos con la palabra. La “muerte” del relato implicaría también la de la historia y la del psicoanálisis. Las historiadoras I.C. y V.M nos dicen en el prólogo de su libro: ...En cualquier caso, la narrativa histórica es sólo una forma tangencial de asimilar el impacto de un pasado traumático”. Pienso que esto es cierto en tanto *toda narrativa única es insuficiente, pero únicamente a través de la confluencia de todas ellas, podemos acercarnos más a esa “asimilación” que sin palabras, con olvido, es inalcanzable.*

Bibliografía

1. **Viñar Marcelo.** Discurso psicoanalítico/discurso literario. El relato en psicoanálisis. En Revista uruguaya de Psicoanálisis n° 85: Literatura y psicoanálisis.
2. **Veyne Paul.** Historia de la vida privada (autores varios bajo la dirección de P. Aries y G. Duby). Introducción al tomo I (Imperio romano y antigüedad tardía) pág. 14.
3. **Dosso Raquel.** “En torno a los linajes femeninos”. En: Lo arcaico, temporalidad e historización, IX Jornadas psicoanalíticas. Edición de la comisión de publicaciones de APU, 1995.
4. **Schettini A.** Entrevista a José Saramago. El País Cultural n° 358, 13 de setiembre de 1995.
5. **Freud Sigmund.** “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) Tomo XVIII. Amorrortu editores.
6. **Di Candía César.** Investigación periodística en semanario Búsqueda, jueves 12 de diciembre y sigs.
7. **Nora Pierre.** Artículo de “Memoria colectiva”. En “La nueva historia” Bajo la dirección de Le Goff, Chartier, Revel.
8. **Hornstein Luis.** “Práctica psicoanalítica e historia”. Paidós, 1993.
9. **Laplanche Jean.** La prioridad del otro en psicoanálisis.
10. **Freud Sigmund.** “Conferencia 31. La descomposición de la personalidad psíquica.” (1932) Tomo XXII A.E.
11. **Gil Daniel.** “El terror y la tortura” Biblioteca de psicoanálisis.
12. **Allouch Jean.** “Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca”. Edelp.
13. **Rila José.** “Historia y mujer. La historia como lugar de lo femenino.” En: “Mujeres e historia en el Uruguay”. Coordinadora: Silvia Rodríguez Villamil. Grecomu. Logos Fesur.

14. **Le Goff Jacques.** “El orden de la memoria. El tiempo como imaginario”.
15. **Cosse Isabela y Markarian Vania.** “1975 Año de la Orientalidad, identidad, memoria e historia en una dictadura”.
16. **Viñar Marcelo y Maren.** “Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir”.
17. **Sarlo Beatriz.** “Escenas de la vida post-moderna. Intelectuales, arte y video cultura en la Argentina” Ariel.
18. **Búsqueda,** jueves 12 de diciembre de 1996. Entrevista a C. Bernstein.
19. **Sarlo Beatriz.** “Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo” Ariel.